

Ella dice: me gusta.

Ella se vuelve, mira hacia nosotros. Nos interpela. Nos quiere hablar. El libro se está moviendo, como cámara al hombro. La encuadramos. Nos mira. Escuchamos su voz.

Me gusta que ya sea domingo. Desde que regresamos, *volvimos* a la costumbre de los desayunos al sol. Bajo el balcón del piso nuevo, bar de Pepe.

En el otro sur, dos domingos y comprendimos que sería un lujo inútil, café a sesenta pesos y ni soñar con una entera con aceite de oliva y tomate –el jamón... se aprende a no mencionarlo frente a ningún *mozo* a riesgo de ver en el plato la *feta* lánguida, rosa, cocida–.

Aprendimos a desayunar en casa algo rápido y salir a la calle. Conseguimos unas sillas plegables que podíamos llevar a cualquier lugar. A la playa, por supuesto. También al parque. Y a la misma Rambla. Libro bajo un brazo, silla bajo el otro, caminar varias cuadras, sentarse mirando al infinito de la línea azul del río-mar. Leer. Escribir. No leer. Darse media vuelta y ver pasar las bicis, los mates cambiando de mano, los termos bajo el brazo, los pies corriendo al ritmo de músicas propias, tratar de descifrarlas. No escribir. Pensar qué calle queda por usar para volver a casa. Oler esperando sal, casi siempre. Despensar. Imaginar otro recorrido.

- Se me ocurre que hoy podemos irnos antes, caminar por la Rambla hasta el Puerto de Buceo y buscar el lugar aquel que nos dijeron, el del pescado fresco. *¿Vos qué decís?*

Él dice: me gusta.

Él se vuelve, mira hacia nosotros. Nos interpela. Nos quiere hablar. El libro se está moviendo, como cámara al hombro. Lo encuadramos. Nos mira. Escuchamos su voz.

Me gusta cuando le brillan los ojos porque está delante de algo nuevo. Hoy estrenamos domingo pret-à-porter después de dos semanas de excesos, mantecados, regalos, jamón –al fin, sí, jamón de verdad, con su hache aspirada y ninguna mirada risueña por la jota que no suena–, visitas, paredes que repintar, bebés nuevos, maletas deshechas, niños-que-aprendieron-a-hablar, estanterías que inventarse, reencuentros, aceite de oliva a tres euros el litro.

Desde la puerta abierta, con las llaves puestas y cara de tengo-hambre-hace-cuatro-minutos-que-te-espero-*acá-parada*, observa cómo me muevo de un lado a otro de la casa. El llavero me cuelga del bolsillo izquierdo del pantalón, ella lo mira.

- ¿Qué buscas?
- Las sillas.
- *Me estás jodiendo...* Digo yo que Pepe como todas las mañanas ha sacado ya las sillas a la

*vereda*, la acera, la... bueno, eso, a la calle.

- Yo es que estaba pensando en un café rápido, luego irnos al río a leer un rato, ya *sabés*, como siempre...
- Mario, en el río hay bancos. Esas sillas aquí son sillas de playa. ¿No querrás que nos mire todo el mundo? Que aquí ya sabes cómo somos... Nada que ver con...
- ¿...con Montevideo? Lo que pasa es que *allá* nos daba igual, esa mirada de la extranjera, aquello de la inmunidad del que llega, de su exotismo, de lo efímero, todo eso que dijiste que no querías perder. ¿Dos semanas y ya nos hemos olvidado? *Mirá vos...* A mí me gustaba ese juego, ese propósito. Yo me bajo la silla. *Decime* si quieres que lleve la tuya. Seguro que es más cómoda que esas de plástico del Pepe. Además, que pienso amortizar los cincuenta euros de sobrepeso, no las voy dejar al fondo del armario.

Ella dice: me gusta.

Ella se vuelve, mira hacia nosotros. Nos interpela. Nos quiere hablar. El libro se está moviendo, como cámara al hombro. La encuadramos. Nos mira. Escuchamos su voz.

- Que sí, Macarena, que estas sillas son mucho más cómodas que las de plástico, que te lo digo yo. Además, que así nos vamos ahora un ratito al río a leer, no me vas a decir que no es mucho mejor esto que los bancos esos sucios, que al final gastas el paquete de clínex entero para poder sentarte.
- Sí, hija, y ahora todo el día con la silla a cuestas. Por un euro que valen los seis paquetes...
- Pero si por eso no es. Que, además... que te acostumbras. Que allí la gente va todo el día con su silla. Si lo vieras, en serio, que ni los bares tienen sillas. Si allí van todo el día con la suya bajo el brazo. Lo que yo te diga. Que hay hasta gente que la lleva con su nombre puesto por detrás. Como si fueran las de los directores de las pelis. Pero es una cosa propia. Como una artesanía, lo bordan a mano en una calles del centro. Lo que pasa es que ya es como una historia muy turística ¿sabes? Por eso yo no la quise comprar ahí, pero

Macarena escucha y la boca se le abre, en un gesto que no nos deja adivinar si es el anticipo de otra pregunta o la frase intermedia de una boca abierta de par en par. Como la de un niño delante de un hombre metido en una pompa de jabón de dos metros de diámetro. Explota la carcajada.

- Que no chiquilla, no te lo creas. Ya sabes cómo es Lidia, que empieza a hablar y a hablar y tira del hilo y deshace la madeja. Lo que se lleva todo el día bajo el brazo es el termo. Y el mate te lo vas tomando, eso sí que no importa si es por la calle o en el trabajo. Pero las sillas no, mujer. Eso los domingos. Y las tardes que hace sol, para irse al parque. O a la Rambla. Incluso

algunas noches de conciertos al aire libre. La mar de cómodo. Pero los bares tienen sillas. Y los cines. Los cines tienen butacas, claro, ¡a ver si te vas a creer que es un país incómodo!

Ella dice: me gusta.

Ella se vuelve, mira hacia nosotros. Nos interpela. Nos quiere hablar. El libro se está moviendo, como cámara al hombro. La encuadramos. Nos mira. Escuchamos su voz.

— ¿Lo has escuchado, Pepe? La muchacha de arriba, que le está contando a la vecina que donde ellos vivían la gente va con una silla bajo el brazo. Todo el día. A mí me gusta. ¿Tú te lo imaginas, Pepe? Cuando te cansas, te sientas. Cuando te encuentras a un amigo que hace muchos años que no ves, te echas a un lado. Con cuidadito que no haya un portal para que la gente no se choque con ustedes cuando salga de su casa, mientras habláis y os ponéis al día. Así no tienes que decir desde lejos y corriendo ¡A ver si nos vemos! Te quitas de en medio donde la gente va y viene con sus prisas propias, las de cada uno. Y a contarse la vida de todos esos años que se os han pasado sin veros.